

I.- El desierto filosófico de principios del siglo XIX.-

La presencia de Ortega y Gasset en la vida española de principios de siglo, acaece sobre un páramo intelectual, ha escrito recientemente Serrano Poncela, comentando la obra del más ilustre filósofo español contemporáneo. La observación sería mucho más exacta si se refiriese a los principios del siglo XIX.

En realidad, no puede con rigor decirse que haya habido una producción filosófica importante en España desde la edad de oro hasta la contemporánea, sin desconocer con ello las valiosas aportaciones individuales y los loables aunque casi siempre malogrados intentos de fundar escuelas de filosofía. Los españoles no han podido gozar durante los últimos ciento cincuenta años de la independencia de juicio, del sosiego y de la continuidad indispensable para crear la tradición cultural necesaria al cultivo provechoso de cualquier disciplina científica.

Replicando a la justa apreciación de D. Santiago Ramón y Cajal de que "a la cultura española le falta la rueda de la ciencia", comentaba el Dr. Marañón que, en todo caso, ello no se debe -como con paradójica vanidad patriótica pretendiera D. Miguel de Unamuno- a cierta superior cualidad del alma española que, a fuerza de sentido de eternidad, no gusta de ejercitarse en los bajos menesteres temporales; sino a la ausencia de circunstancias propicias. Con mayor propiedad puede aplicarse el argumento para explicar la penuria de pensamiento filosófico en la España moderna. El pueblo donde nacieron en la antigüedad Séneca, San Isidoro, Aben Masarra, Ibn Ben-Tofail, Averroes, Abenarabi, Avicbron, Maimónides, Abulafia, Juan Hispalense, Dominicus Gaudisalvo y Raimundo Lulio, y en tiempos más recientes Luis Vives, Foxo Morcillo, Francisco Suárez, Francisco de Vitoria, con la pléyade insuperable de los filósofos místicos y ascéticos, es sin duda pueblo tan apto como cualquier otro para el cultivo de la filosofía. Son las circunstancias sociales las que no lo favorecieron ni facilitaron durante los últimos siglos.

La Edad de Oro española se cierra, en lo que a la especulación filosófica atañe, con las dos figuras eminentes de Baltasar Gracián, tan estimado por Schopenhauer, y don Francisco de Quevedo y Villegas de cuyo tratado sobre LA PROVIDENCIA ha dicho don Juan Valera que "es libro de tan alta importancia filosófica que, si no hubiera aparecido en un país como la España de entonces, donde la vida del espíritu se acababa, habría podido servir de base a los más sublimes sistemas y a las más inauditas novedades metafísicas".

Mientras en los siglos XVII y XVIII la filosofía europea entraba en una era de las más esplendorosas que la historia haya conocido, en España se agotaba la vena filosófica, y los más ilustres entendimientos se conformaban con reflejar extraños resplandores; las antaño gloriosas escuelas y universidades, encerradas en su propio orgullo, permanecían aisladas y al margen de lo que acaecía en el mundo, rumiando las rutinas sin alma que en los tiempos de decadencia suplantaban a las verdaderas tradiciones culturales y al espíritu de creación que continuamente las renueva y vivifica. El renacimiento literario, cultural y económico, lento pero firme y constante, que España experimentara en el siglo XVIII, bajo la influencia francesa de los primeros Borbones, se interrumpió bruscamente a principios del siglo XIX con la terrible guerra de la Independencia, verdadera catástrofe nacional seguida de una larga era de incertidumbre, pobreza y feroces luchas intestinas que durante varias generaciones sucesivas arrancaron a las juventudes de los fecundos y pacíficos es-

tudios para lanzarlas a la vorágine de las guerras civiles, revoluciones, pronunciamientos, tiranías y destierros merced a los cuales, según ha escrito el Rector Jean Sarrailh, "l'on peut dire que, pendant plusieurs années, il y a eu régulièrement une partie de l'Espagne exilée par l'autre partie".

Oficialmente, el estudio de la Filosofía había quedado reducido a las Cátedras de Teología, desempeñadas casi siempre por religiosos que se limitaban a la repetición rutinaria de una escolástica sin originalidad ni aliento. A principios del siglo XIX, comenta l'abbé P. Jobit, "dans les Séminaires, dans les antiques facultés de Théologie, une Scolastique usée, sans vigueur, sans originalité, et néanmoins batailleuse et presque uniquement apologétique, subsistait encore. C'était le bon temps du pauvre Manuel de Guevara que remplaçait alors St. Thomas". En efecto, la función de la Filosofía parecía relegada a unas cuantas sartas de silogismos antiguos y modernos que no coincidieran con la pequeña Escolástica de seminario, la cual, sin la menor humildad cristiana, se identificaba caprichosamente con toda la verdad católica.

En el orden universitario, el plan Calomarde intentó por primera vez organizar una Facultad de Filosofía en 1824-25, pero el propósito no pasó a vías de hecho hasta 1837, cuando la antigua y anticuada Universidad de Alcalá se transformó en la Universidad Central de Madrid. En 1852 se eleva a Facultad Universitaria la de Filosofía, y en 1857 la llamada Ley Moyano la integra como una de las tres ramas de la Facultad de Filosofía y Letras, siendo las otras dos la Historia y la Filología. Por otra parte, a vuelta de los trastornos políticos, los más ilustres profesores de Filosofía rara vez pudieron ejercer ininterrumpidamente su docencia. Sanz del Río, Salmerón, Giner de los Ríos y modernamente Unamuno y Ortega y Gasset se vieron en ocasiones separados o suspendidos de sus cátedras, interrumpiendo con paréntesis más o menos largos sus actividades universitarias. D. Julián Besteiro, ilustre profesor de Lógica de la Universidad Central, murió en el presidio.

que a juicio de D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegeñas (1809-1853) que a juicio de D. Luis de Araquistain es "el pensador político español que ha tenido más resonancia en la Europa moderna". Luis Veuillot tradujo y editó sus obras en París (1858-59). El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, el

II.- Los primeros albores: Balmes y el pensamiento católico.

Hacia 1830, después de los dos períodos absolutistas, cuando comienzan a regresar de Francia e Inglaterra los liberales desterrados, incorporan brillantemente a la literatura las modas románticas; pero el pensamiento especulativo continúa sumergido en lo que Menéndez y Pelayo ha llamado "absoluta miseria filosófica". Por otra parte, en la necesidad de luchar por la propia libertad de existencia y expresión, contra la implacable y cerrada hegemonía clerical, la Filosofía se vuelve polémica, pasional y partidista, vicio a que ni siquiera Balmes puede sustraerse, y rara vez mantiene la serenidad suficiente para consagrarse a la pura, sistemática y desinteresada investigación de la verdad.

En la primera mitad del siglo XIX, la Filosofía católica produce un pensador vigoroso, original y metódico, el presbítero Jaime BALMES (1810-1848). Menéndez y Pelayo juzga así al filósofo y a su obra: "Balmes el hombre de la severa razón y del método, sin brillo de estilo, pero con el peso ingente de la certidumbre sistemática, ha comenzado la restauración de la filosofía española que parecía para siempre hundida en el lodazal sensualista del siglo pasado; ha renovado la savia del árbol de nuestra cultura con jugo de nuevas ideas; ha pensado por su cuenta en tiempos en que nadie pensaba, ni por la suya ni por la ajena; ha mirado, el primero, frente a frente,

los sistemas de fuera; ha puesto mano en la restauración de la Escolástica, llevada luego a dichoso término por otros pensadores, y ha popularizado más que otro alguno las ciencias especulativas en España."

Balmes es un filósofo escolástico y tomista, si bien en algunos puntos se separa de Santo Tomás y adopta principios de Descartes, de Leibnitz y de la ideología empírica de la Escuela Escocesa. Según el Cardenal Ceferino González, Balmes entiende que "sólo poseemos certeza racional y segura en orden a los fenómenos subjetivos; la que poseemos en orden a la realidad objetiva de las cosas distintas del yo, es certeza que se apoya en una necesidad íntima, en una inclinación instintiva de la naturaleza". El Padre Ceferino González, discrepando en esto de Menéndez y Pelayo, afirma que antes de Balmes florecía el estudio de la Filosofía en las Escuelas Escolásticas españolas, habiéndola divulgado entre los profanos los escritos del portugués Padre Almeida, las excelentes obras del Padre Zaballos y, más tarde, las Cartas Críticas y las Cartas Aristotélicas del Padre Alvarado, o sea El Filósofo Rancio.

Balmes acertó a elevarse sobre el ambiente pasional de su tiempo y con criterio comprensivo y tolerante aspiraba a conciliar la intolerancia dogmática con la tolerancia civil, aportando con agudo análisis lógico soluciones cristianas a los problemas de la Filosofía y la sociedad moderna. Entre sus obras filosóficas merecen citarse la FILOSOFIA FUNDAMENTAL, LA FILOSOFIA ELEMENTAL, EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION EUROPEA y, sobre todo, el bello y ameno libro EL CRITERIO (1845).

Fueron colaboradores y en cierto modo continuadores de Balmes el mallorquín D. José María Cuadrado, tradicionalista a la manera de Bonald y de José de Maistre (1819-1896), y el catalán D. Joaquín Roca y Cornet (1804-1873) autor de una HISTORIA DE LOS HECHOS Y DOCTRINAS DE N.S. JESUCRISTO y de LA ESPERANZA DEL CRISTIANISMO.

Más conocido y estimado en el extranjero, aunque no más profundo pensador que Balmes, fue D. JUAN DONOSO CORTES, Marqués de Valdegamas (1809-1853) que a juicio de D. Luis de Araquistain es "el pensador político español que ha tenido más resonancia en la Europa moderna". Luis Veuillot tradujo y editó sus obras en París (1858-59). El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, el filósofo Schelling, el historiador Ranke, comentaron con admiración sus discursos. Metternich tuvo con él trato y correspondencia, al igual que Guizot, Montalembert y otros hombres eminentes de la política y de la Iglesia, Bismarck le cita en sus Pensamientos y Recuerdos. Luis Napoleón Bonaparte se aconseja de él para su golpe de Estado.

Del ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO, ha dicho Don Juan Valera que es la obra de un escritor energúmeno, delirante y apocalíptico. Representa el pensamiento intransigente, autoritario y teocrático de una parte del catolicismo español, enemigo por principio de toda libertad, reforma y progreso, a los que combate "tomando el nombre de Dios en vano". En suma, el sistema de Donoso Cortés consiste en crearse un cristianismo a su antojo, consubstancial con el despotismo y los privilegios sociales, utilizando el inmenso prestigio de la religión como elemento polémico. Sus mejores argumentos son el anatema, la condenación moral y la profecía apocalíptica. El liberalismo es el ideal impotente de una sociedad desfallecida, y está condenado a perecer aplastado entre el despotismo y la revolución: "Este período angustioso es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar. Oprimidos los pueblos por todos sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles, pidiendo a Barrabás o a Jesús, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas". El Marqués de Valdegamas es un eminente precursor de las modernas filosofías totalitarias.

Pensador de la misma tendencia y de no menor brillantez, aunque de más corto vuelo, fue el valenciano Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872). Se publicaron en 1873-77, en cinco tomos las obras del "gran católico español" o "filósofo carlista". Su pensamiento es contradictorio, polémico y aún arbitrario; como el Marqués de Valdegamas, comienza por plantear un liberalismo absurdo y un catolicismo a su manera, que declara incompatibles entre sí, para darse luego el gusto de aniquilar el uno con el otro, en una vana disputa de fantasmas.

Por lo que se refiere a la escuela liberal, los emigrados políticos vueltos del destierro, comenzaron a introducir y divulgar las ideas predominantes en Europa, aprovechando principalmente la tribuna del Ateneo, convertido desde 1835 en una especie de Universidad libre. Fundáronse también ateneos en las capitales importantes, como Barcelona, Valencia y Sevilla, y desde sus tribunas se explicaron a lo largo del siglo XIX, en los períodos de libertad, las doctrinas filosóficas que durante mucho tiempo no tuvieron acceso a la enseñanza oficial ni a las universidades.

Tomás García Luna profesaba una especie de eclecticismo a lo Víctor Cousin. José Alvarez Guerra (1789-1845) publicó en 1837 con el pseudónimo de "un amigo del hombre" dos volúmenes de la obra UNIDAD SIMBOLICA Y DESTINO DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA, O FILOSOFIA DE LA RAZON, que es una original anticipación del racionalismo armónico de Krause.

El profesor sevillano José CANTERO Y RAMIREZ (1791-1857) inicia una escuela hegeliana, filosofía en que más tarde habían de interesarse D. Emilio Castelar y D. Francisco Pi y Margall. Balmes traduce la CRITICA DE LA RAZON PURA. El propio Pi y Margall comparte y divulga la filosofía social de Proudhon e incluso se le anticipa en concebir el federalismo. J. Joaquín de la Mora publica la Revista ECLECTICA ESPAÑOLA e introduce a lo largo de su inquieta y prolongada vida no pocas novedades, entre ellas el materialismo de Holbach, y es el prototipo del ateneista inquieto, superficial, ilustrado y voluble, siempre dispuesto a saltar de unas ideas a las contrarias, tan frecuente en la España moderna, para quien la novedad y no la verdad, es el mayor atractivo de una doctrina.

III.- Sanz del Río.- El Krausismo.- La guerra civil filosófica.-

Hasta bien entrado el siglo XIX, había continuado predominando en la Filosofía española el pensamiento francés, al punto que incluso las escuelas idealistas y románticas de Alemania se conocían más bien a través de interpretaciones y versiones francesas. A partir de 1843 había de iniciarse un contacto directo con la moderna filosofía alemana que dejaría profunda huella en la ulterior evolución de la española. Creose bajo el gabinete liberal la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad Central y fue designado para regentarla el joven profesor Julián Sanz del Río (1814-1869) el cual emprendió un viaje de estudios a Alemania para profundizar en el conocimiento de los nuevos sistemas. A su regreso, Sanz del Río enseña la "novísima filosofía" concebida a la manera de un ciclo que discurre a través de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, para culminar en Karl Christian Friedrich KRAUSE, cuyo racionalismo armónico constituye la filosofía definitiva de la humanidad.

Sanz del Río no es original como filósofo, y es oscuro, casi hermético, como expositor. Fue en cambio un gran maestro, un varón virtuoso que vivió apostólicamente sus convicciones filosóficas e infundió en sus discípulos tanto sus virtudes éticas y cívicas, como la concepción sectaria, casi

eclesiástica, de la nueva escuela filosófica. Durante cerca de veinte años la filosofía universitaria gira en España en torno a la escuela krausista, y de ella surgen pensadores tan distinguidos como Francisco de Paula Canalejas, Federico y Fernando de Castro, Nicolás Salmerón y Alonso, Francisco y Hermenegildo Giner de los Ríos, Patricio y Gumersindo Azcárate, Leopoldo Alas (Clarín), Augusto González de Linares, Urbano González Serrano, Manuel Sales Ferré, Tomás Tapia y un Antonio Machado, que supongo sea el padre de los modernos poetas del mismo apellido.

Mas el krausismo no pudo sustraerse al carácter polémico y al clima trágico y belicoso de la España moderna, sufriendo los azares y mudanzas de la historia política del país. Condenado en Roma por la Congregación del Índice, en 26 de septiembre de 1865, el IDEAL DE LA HUMANIDAD, iniciase en España una furiosa campaña académica y pública contra la nueva filosofía, manejando sus detractores como armas polémicas las mismas que el Marqués de Valdegamas había ilustrado ya y que l'abbé Jobit ha definido con acierto de "l'apparence d'un catholicisme soupçonneux et rigide, sans d'ailleurs en avoir le moins du monde l'esprit". Distingúense en esta polémica el profesor de Filosofía de la Universidad Central Juan Manuel ORTI Y LARA, Francisco NAVARRO Y VILLOSLADA, y otros, creadores del movimiento llamado "el neocaticismo", del que donosamente se burlaba Cánovas del Castillo, apedillándole "neo-caticismo gótico-florido y afrancesado".

Terció en esta polémica don Juan Valera (1824-1905), a favor del derecho que los krausistas tenían a profesar y enseñar libremente sus doctrinas que, por otra parte, él no compartía, y escribió sus bellísimos DIALOGOS SOBRE EL RACIONALISMO ARMONICO, donde se expone con claridad, elegancia y sistema las doctrinas que tan oscuras y herméticas aparecían en el estilo de Sanz del Río y de Don Nicolás Salmerón. Distinguíéronse también en esta polémica, con más humor que profundidad el poeta Don Ramón de Campoamor (1817-1901) que ya había mostrado sus aficiones filosóficas en su libro LO ABSOLUTO y con su sistema del "Ideismo", y con tonos más elevados y nobles, aunque tampoco adornado de imparcialidad, el insigne escritor católico don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO (1856-1912) que a su colosal obra de investigación y crítica literaria añadió trabajos filosóficos tan notables como LA HISTORIA DE LAS IDEAS ESTETICAS EN ESPAÑA, LA CIENCIA ESPAÑOLA, LA HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES y LA FILOSOFIA PLATONICA EN ESPAÑA.

A pretexto de sus ideas panteístas, fue destituido de su cátedra Don EMILIO CASTELAR (1832-1899), uno de los más grandes oradores que haya producido la humanidad, notable escritor e historiador insigne, para quien la filosofía era más bien una pauta prestigiosa en que le gustaba encuadrar sus amplias y a veces atrevidas síntesis de la historia humana. Poco después, en 1867, a favor de la dictadura del General Narváez, y después de haberse ocupado el Parlamento de los peligros que para la juventud representaba "la Escuela Filosófica Panteísta", los profesores krausistas se vieron revocados de sus cátedras, entre ellos el propio Sanz del Río, ante la protesta e indignación del profesorado internacional. Krause no era panteísta, sino pananteísta. La atribución del calificativo de panteísta era puramente caprichosa. Los detractores del krausismo no se habían tomado la molestia de leer a Krause y a sus discípulos, ni tal vez, si los leyeran, habrían sido capaces de comprender la diferencia que hay entre el panteísmo y el pananteísmo.

En general puede decirse que la enseñanza de la filosofía hubo de plejarse a los azares de la turbulenta historia política española. Sanz del Río moría en 1869, después de haber visto, con la revolución de septiembre, la rehabilitación universitaria de sus amigos y discípulos, uno de los cua-

les, Don Nicolás Salmerón había de ser elevado en 1873 a la Presidencia de la primera República Española.

Pero, restaurada en 1874-76 la Monarquía, volvió la era de intransigencia y volvieron las persecuciones. En 1875 se suprime de nuevo la libertad, por Real Decreto, seguido de la destitución de los "profesores indignos, de ideas diabólicas". Estos profesores indignos de ideas diabólicas se llamaban Salmerón, Canalejas, Giner de los Ríos, Azcárate, etc.

Muertos Sanz del Río y su sucesor Fernando de Castro, el krausismo se dispersa como tal escuela filosófica. El más distinguido de sus discípulos, Don Nicolás SALMERON (1838-1908), desterrado en París, se aleja de las formas idealistas alemanas, adoptando los métodos positivos en boga a la sazón en Francia, y evoluciona hacia el monismo. Don Gumersindo de AZCARATE se interesa más bien por la filosofía social y política. Don Francisco GINER DE LOS RIOS, conserva las normas éticas y la inspiración apostólica de su maestro, pero su pensamiento, más abierto, escapa a las limitaciones de escuela y se fija con mayor atención en la Filosofía del Derecho, y su actividad se consagra preferentemente en la INSTITUCION LIBRE que se propone ofrecer una enseñanza "ajena por completo a todo espíritu y propósito profesionales, filosóficos o políticos", Institución que había de dejar fecundísima huella en la formación intelectual de la España contemporánea. El último representante del movimiento krausista, Don Manuel Bartolomé COSSIO (1857 - 1935) se ocupó principalmente de pedagogía y de crítica de arte.

IV.- Expansión del pensamiento filosófico durante la Monarquía constitucional. El ensayismo. La filosofía nacionalista. Unamuno.

A medida que la monarquía constitucional (1876-1931) evolucionaba hacia formas más liberales y progresivas, la filosofía española se fue abriendo a las influencias de las nuevas corrientes ideológicas que circulaban por Europa. Bien puede decirse que ninguna novedad importante aparecía en el mundo filosófico que no tuviera inmediato eco en España. No ya las múltiples escuelas alemanas, más también el selectismo, el cientificismo y el positivismo franceses, el materialismo, el evolucionismo de Darwin y Haeckel, el monismo, el neotomismo, y aún el espiritismo, el misticismo orientalista y el esoterismo hallaron en España escritores, pensadores y núcleos sociales más o menos extensos que siguieron con interés la marcha del pensamiento filosófico en el mundo, siquiera no fueran siempre los profesores oficiales de filosofía los que mostraron mayor curiosidad por informarse. Fueron más bien los naturalistas, algunos tan eminentes como Ignacio BOLLIVAR y el oceanógrafo ODON DE BUEN, ambos fallecidos nonagenarios en el destierro, quienes dieron a conocer el evolucionismo.

La nueva filosofía social, tanto la de tendencia anarquista de Bakunin, Kropotkine y Tolstoi, como la socialista de Carlos Marx y sus discípulos, llegó a interesar a amplios sectores populares, no faltando entre los españoles pensadores originales y expositores eminentes. La obra de D. Fernando de los Ríos, sobre EL SENTIDO HUMANISTA DEL SOCIALISMO, no cede en originalidad y densidad a ninguna de las escritas por autores extranjeros, y es hoy de mayor actualidad que cuando se escribiera. Sería interesante que alguien, con vocación y tiempo, preparase un ensayo sobre el tema. Yo me limitaré aquí a recordar al injustamente olvidado Fernando Garrido y Tortosa (1829-1883), que con su propio nombre o con diversos seudónimos como el de Alfonso Torres de Castilla y otros, introdujo en España las ideas socialistas. Tampoco quiero dejar de citar el escritor libertario Anselmo Loren-

zo, ni olvidar la obra de Federico Urales. En fin, recomiendo la lectura del notable libro del notario de Bujalance, Sr. Diaz del Moral, sobre los movimientos sociales en Andalucía.

Hasta las escuelas filosóficas de la moderna India e incluso las doctrinas teosóficas fueron leídas con atención, -¿Cómo pasar en silencio la colosal obra del insigne Mario Roso de Luna?- habiéndose preocupado de las de H.P. Blavatsky Don Juan Valera, y de las de su discípula Annie Besant Don Miguel de Unamuno.

En suma, tan pronto como hubo mayor libertad, la inteligencia española manifestó una curiosidad insospechada por toda suerte de cuestiones filosóficas y una aptitud singular para enterarse y para exponerlas. A fines del siglo XIX y comienzos del XX había en amplios sectores de la sociedad española un interés apasionado por las cuestiones filosóficas, interés que habiendo nacido en medio de una contienda dramática contra la intransigencia tradicionalista, solía manifestarse más bien en formas polémicas, insistiendo de manera desmesurada en las contradicciones tantas veces caprichosas de la ciencia en general y de la filosofía en particular, con las creencias tradicionales del país. En cada alma individual, como en el conjunto de la sociedad, había un poco de guerra civil espiritual, una agonía o lucha trágica entre los hábitos o necesidades de la fe cristiana y las contradicciones con que al parecer iban a demolerla el racionalismo filosófico, el positivismo científico y el materialismo social, cuyos argumentos se veían vigorizados por la natural rebeldía del pensamiento ante la intransigencia de un neocatolicismo, suplantador de la religión, tan rico en afirmaciones verbales como pobre en luces y ejemplos. Sólo más tarde, ya en pleno siglo XX se deja sentir en España la benéfica influencia del neo-tomismo y de la obra filosófica del Cardenal Mercier.

Es esa atmósfera la que explica y dá todas sus dimensiones nacionales a la filosofía de Don Miguel de Unamuno, el más original y profundo filósofo que en muchos siglos ha producido España.

Ni Unamuno ni Ortega y Gasset irrumpieron, pues, en la vida española sobre un páramo intelectual. Acaso el páramo existiera en las cátedras de Filosofía. Casi todas las obras y autores a que Don Miguel de Unamuno se refiere en EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA y en el resto de sus ensayos, eran no sólo conocidos, sino apasionadamente leídos en España, ya en sus lenguas originales, ya en traducciones y reducciones más o menos afortunadas de diversas editoriales, como la Biblioteca de Filosofía y Sociología de Madrid, las Ediciones Filosóficas de Don Antonio Zozaya, la Editorial Sempere, luego Prometeo, de Valencia que fundara el insigne Blasco Ibáñez, y varias otras.

Se había ido formando -y es antecedente obligado para situar y comprender a Don Miguel de Unamuno- durante el siglo XIX un nacionalismo filosófico, una como creencia o superstición de la existencia de un alma española, especial y distinta de las maneras de alma de los demás hombres y pueblos. A las afirmaciones de los filósofos tradicionalistas de que el ser español era necesaria y permanentemente como ellos querían que fuese, como ellos mismos, dogmáticos, fanáticos, intransigentes, opusieron sus contradictores argumentos y pruebas rebuscados en la historia y en la filosofía para demostrar que, por el contrario, el alma española era naturalmente tolerante y abierta a todas las audacias del pensamiento. Volviéronse así los ojos hacia la antigüedad, y se sacó a luz nuevamente todo cuanto a través de los siglos se había pensado en el territorio que hoy es España. Todavía recientemente ha repercutido esta preocupación nacionalista en una polémica entablada entre el filósofo Américo Castro y el historiador Sánchez Albornoz.

En 1866 publicó don Luis Vidart LA FILOSOFIA ESPAÑOLA, indicaciones bibliográficas. En 1873 Don Adolfo de Castro edita las OBRAS ESCOGIDAS DE FILOSOFOS, en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, con un notable y patriótico estudio preliminar en que reivindica para casi ignorados compatriotas no pocos hallazgos que la historia atribuye a más afortunados filósofos extranjeros. Don Gumersindo Laverde y Ruiz en sus ENSAYOS CRITICOS pretende descubrir en una especie de modo de ser propio de la mentalidad española el vínculo de parentesco que une a las escuelas arábica y hebraica de la Edad Media, particularmente el averroísmo y el maimunismo. Don Nicomedes Martín Mateos, Don Francisco de Paula Canalejas, el Padre Ceferino González, Menéndez Pelayo y otros, cada cual desde diferentes puntos de vista aportan notables trabajos al estudio de la pretendida constante de la filosofía española, que Angel de Ganivet en su IDEARIO y Don Joaquín Costa en ULTIMOS DIAS DEL PAGANISMO Y COMIENZO DE LO MISMO, definen como una especie de estoicismo senequista, anterior y posterior a Séneca. Suelen considerarse como caracteres esenciales del senequismo español el predominio de lo ético sobre lo metafísico y la predilección por las formas estéticas barrocas y culteranas. Discurriendo por esta misma pendiente, el Marqués de Lozoya sostiene que lo barroco es consubstancial con lo español, en España y en América.

Parejamente a ese afán por descubrir un pensamiento nacional constante, se despierta la no menos problemática manía de investigar la psicología del pueblo español y las causas de su actual decadencia. En 1890 publica Don Lucas Mallada un notable libro, LOS MALES DE LA PATRIA Y LA FUTURA REVOLUCION ESPAÑOLA. Seguidamente, y además de los muchos ensayos anteriores de Valera, Menéndez y Pelayo, Costa, Gener, se publican, y siguen publicándose en nuestros días, muchos ensayos filosóficos que pretenden definir los caracteres del alma nacional. En 1897, vio la luz el más famoso y estimado de todos, EL IDEARIUM ESPAÑOL, de Angel de Ganivet (1862-1898), -soberbiamente refutado por D. Manuel Azaña en precioso ensayo, tan profundo como poco leído- cuya obra, - la de Ganivet- tanto literaria como filosófica, anuncia y en muchos rasgos coincide con la de Don Miguel de Unamuno, si bien en Ganivet, andaluz, haya un fino sentido de la ironía y una manera elegante de asomarse con la sonrisa en los labios a los más profundos abismos, que contrasta con el sentido trágico y a las veces tosco de Unamuno.

En 1898 publica Don Rafael de Altamira (1869-1951) su PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL, obra que merced al optimismo temperamental de su autor contrasta con el pesimismo de casi todos los que se han ocupado del mismo tema; citaremos entre otros: EL PROBLEMA NACIONAL (1899) de Macías Picavea; PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL (1902), de M. Sales y Ferré; EL HISTRIONISMO ESPAÑOL (1906) de Eloy L. André; ENTRE DOS ESPAÑAS, de Miguel Santos Oliver; EL ATRASO DE ESPAÑA, de John Chamberlain, pseudónimo de Don Tomás Jiménez Valdivieso; ESPAÑA INVERTEBRADA (1922) y LA REDENCION DE LAS PROVINCIAS Y LA DECENCIA NACIONAL (1931) de Don José Ortega y Gasset, DEFENSA DE LA HISPANIDAD de Ramiro de Maeztu (1875-1936) y ESPAÑA del insigne polígrafo Don Salvador de Madariaga.

Esta abundante y nada vulgar literatura filosófica de fines y comienzos de siglo, empeñada en hallar por una parte las constantes de la filosofía española y descubrir, por otra, los caracteres del alma nacional, es antecedente obligado para situar y comprender el pensamiento filosófico de Don Miguel de Unamuno. Lleva Unamuno en su conciencia el sentido trágico y profundo de la guerra civil española, el dolor de la España desgarrada, uno de cuyos episodios, el sitio de Bilbao, que vivió durante su infancia, le dejó tan profunda huella que una y otra vez lo evoca en artículos, ensayos,

novelas y poesías. Solía decir que "le dolía España en el cogollo del corazón". Educado en la fe católica y en el ambiente tradicionalista del pueblo vasco, su entendimiento se encontró de pronto sumergido en una conflagración intelectual en que, a causa de la trayectoria histórica de la filosofía española en el siglo XIX, se batían de manera implacable, de un lado el tradicionalismo intransigente, y del otro las doctrinas racionalistas, positivistas y materialistas. En su alma se plantea, pues, como síntesis de su tiempo y de su patria, la guerra civil filosófica, la lucha agónica de la fe con la razón, de la tradición con la libertad, antítesis entre cuyos extremos fluctuó siempre indeciso, y que sólo intentó resolver identificando la agonía, la contradicción y la paradoja con la vida permanente del alma.

Tal vez influido por la lectura de Kierkegaard, pero desde luego por un esfuerzo de creación propio que surge de la tragedia española, se desprende a la vez del racionalismo escolástico, cuyas razones para probar la fe le parecen "nada más que razones", y del racionalismo idealista y positivista, que tampoco se apoyan más que en razones para negar el hambre de inmortalidad y desconocer la vida agónica del espíritu. Y así, plantea el problema filosófico sobre la existencia misma, sobre la experiencia vital: "La vida es la prueba de la verdad, y no la concordia lógica que lo es sólo de la razón". Cultiva la paradoja como medio de expresión de la verdad viviente, y con razón los filósofos de la existencia le consideran como uno de los suyos.

He aquí unos cuantos pensamientos de Don Miguel de Unamuno que encierran la esencia de esa "agonía espiritual" transfigurando al filósofo atormentado en un poeta místico de altísimos quilates:

"Dios no es sentido, sino en cuanto es vivido". "Los que sin pasión de ánimo creen en Dios, no creen sino en la idea de Dios". "Creo en él por tener íntima conciencia de una Providencia que me traza mi propio destino. He sentido el empuje de una fuerza consciente, soberana y amorosa. Y abrésele a uno la Senda del Señor". "Mira el creyente al cielo estrellado, con mirada sobrehumana, divina, que le pide suprema compasión y amor supremo, y oye en la noche serena la respiración de Dios que le toca en el cogollo del corazón y se revela a El".

Nace Unamuno en Bilbao, en 1864, y muere en Salamanca en 1936. Desde 1891 enseñó griego en la Universidad de Salamanca. De 1924 a 1930 vivió desterrado en Francia. En 1931-33 fue diputado constituyente de la segunda República. Su filosofía se halla difundida por toda su obra literaria y poética; pero se concentra principalmente en EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA (1912) y en los COMENTARIOS A LA VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, que es un tratado a la vez de filosofía española y de psicología del español, así como en LA AGONIA DEL CRISTIANISMO, escrita en París en 1925.

En 1923 publiqué yo mismo un ensayo sobre UNAMUNO HOMBRE, POETA, PENSADOR, primer intento para sistematizar la filosofía unamunesca. Posteriormente se han publicado diversos trabajos más completos, entre los que merecen citarse un ensayo de Julián Marías recompensado con el premio Fastenrath, otro de Ferrater Mora y el más reciente de Angel Benito Durán, INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL PENSAMIENTO DE UNAMUNO, ideario filosófico de Unamuno en la VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO (Madrid 1953).

V.- Ortega y Gasset. La dispersión de la Universidad. Otro crepúsculo filosófico. El despuntar de la nueva aurora.

Si con Unamuno se cierra un ciclo de la filosofía española, puede decirse que con Ortega y Gasset comienza una nueva era que, por falta de perspectiva, sería prematuro sistematizar.

Nace Don José ORTEGA Y GASSET en Málaga en 1883. Estudia en Alemania; enseña luego en su cátedra de Metafísica de la Universidad Central, en la REVISTA DE OCCIDENTE que él mismo funda en 1923, en la prensa y en la tribuna. Es sin duda el español de nuestro tiempo que mayor influencia ha ejercido en el pensamiento de sus contemporáneos y el que mayor número de ideas filosóficas nuevas ha puesto en circulación, ya sacándolas de su propia cosecha, ya difundiendo o ilustrando lo que otros pensaban en Europa, singularmente en Alemania.

Imposible recoger aquí ni siquiera un resumen de su obra considerable; citaremos EL ESPECTADOR (1916-29), ESPAÑA INVERTEBRADA (1922), LA REBELION DE LAS MASAS (1930), LA HISTORIA COMO SISTEMA (1941).

Su doctrina ha sido definida como una metafísica de la razón vital, intento de conciliar el idealismo y el realismo en una síntesis de la vida, concebida como una "faena poética", como un quehacer o proyecto del hombre en su mundo que él llama "su circunstancia". Ortega y Gasset no ha desarrollado como tal su propio sistema, sino que, cabalgando sobre él sin exponerlo, se ha ido asomando a los temas de su tiempo, en todas las esferas de la actividad humana, y los ha contemplado e interpretado modo philosophico para descubrir lo que llevaban dentro. Se trata más que de un sistema, de una actitud que se ha resumido en "vivir desde el yo y razonar desde la circunstancia".

Se da en Ortega y Gasset la singular virtud, poco común entre filósofos de que su pensamiento, a la vez original, claro y profundo, se viste de un estilo literario de la mayor corrección, propiedad y galanura.

No tan brillante, pero igualmente valiosa para la moderna filosofía española ha sido la labor docente de Don Manuel GARCIA MORENTE, de filiación krausista, cuyas explicaciones y traducciones dieron a conocer en español lo más importante del movimiento filosófico contemporáneo. Su personalidad y su obra ha sido estudiada en ensayo reciente por Julián Marías.

El cataclismo político de 1936, no cerrado todavía, interrumpió una vez más la cosecha que se ofrecía ubérrima para la filosofía española; Ortega y Gasset hubo de abandonar la patria largos años; García Morente, tras una crisis de conciencia, se retiró a la vida conventual, y los discípulos de ambos, unos quedaron sumergidos en el ambiente intolerante del país, otros se enmascararon para poder flotar, y los más se dispersaron por el mundo, envueltos en la polvareda del exilio que los poetas llamaron "la España Peregrina".

Entre la hornada de filósofos más o menos influídos por ambos maestros, citaremos solamente a X. Zubiri y a Julián Marías en España, y a José Gaos actualmente Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y autor de EL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO.

Tampoco deben ser silenciados entre los Profesores exilados -lamentando que la falta de espacio nos vede mencionar a todos los insignes-, Don Joaquín Xirau, ex-Profesor de la Universidad de Barcelona, trágicamente fallecido en México en 1946; Don Juan David García Bacca, también ex-Profesor de Barcelona, luego acogido a las Universidades de México y Caracas, y autor de

una obra original y de divulgación filosófica ciertamente considerable; José Ferrater Mora, que enseña en el Bryn Mawr College de Pennsylvania, y autor del ya citado ensayo sobre Unamuno, de un DICCIONARIO FILOSOFICO y de un notable libro, EL HOMBRE EN LA ENCRUCIJADA; y el malogrado Eugenio Imaz que ha dado a conocer, traducido y comentado en el Colegio de México la obra completa del filósofo alemán Wilhelm Dilthey.

Especialmente rico es el caudal de los pensadores contemporáneos que sin profesar la filosofía pura, la cultivan por vía de ensayos. Entre los muchos, recordaremos solamente: Pompeyo Gener (1848-1921) conocido principalmente por su libro LA MUERTE Y EL DIABLO; Gabriel Alomar, pensador cívico del mayor relieve, autor de LA FORMACION DE SI MISMO y LA GUERRA A TRAVES DE UN ALMA, muerto en exilio; Don Manuel Azaña, uno de los más finos entendimientos y pulcros escritores de la España contemporánea, a quien se debe LA INVENCIÓN DEL QUIJOTE Y OTROS ENSAYOS, PLUMAS Y PALABRAS y numerosos e insuperables trabajos sobre Don Juan Valera; Don Gregorio Marañón, hombre de ciencia y pensador ilustre que junta al rigor científico el juicio sereno y el estilo justo y elegante, autor de una obra copiosa en continuo período de desenvolvimiento; Don Salvador de Madariaga, cuyo ensayo INGLESES, FRANCESES Y ESPAÑOLES es una obra maestra del estudio de la psicología de los pueblos, y, en fin, Don Eugenio D'Ors y Rovira, nacido en 1882, que se reveló primero como escritor catalán con el pseudónimo de XENIUS en su GLOSARI y en su bello ensayo LA BEN PLANTADA. Luego ha publicado numerosos libros entre los que citaremos LAS IDEAS Y LAS FORMAS y EL SECRETO DE LA FILOSOFIA. En posesión de una sólida cultura filosófica, el pensamiento de D'Ors no discurre por los caminos de las ideas platónicas que gravitan, serenas e inmutables, sobre las cambiantes espumas del fluir de los acontecimientos. Su filosofía intemporal está llamada a gozar de un porvenir floreciente.

Parcial o generalmente se ha trabajado en la historia de la filosofía nacional. Además de lo ya citado, es imprescindible recordar la obra de Adolfo BONILLA Y SAN MARTIN (1875-1926) sobre Luis Vives y su inconclusa HISTORIA DE LA FILOSOFIA ESPAÑOLA; el señor Méndez Bejarano, autor de una HISTORIA DE LA FILOSOFIA EN ESPAÑA (hasta el siglo XIX), y el Padre Ceferino González y Díaz Tuñón, autor de una historia general de la filosofía.

Es muy copioso el índice bibliográfico sobre los filósofos españoles que escribieron en latín durante la Edad Media y el Renacimiento, y sobre los arábigo y judeo-españoles. Hace medio siglo que el arabista Francisco Pons, por desgracia fallecido en la flor de su edad, tradujo el FILOSOFO AUTODIDACTO de Abubeque Abentofail; por el mismo tiempo publicó Don Federico de Castro y Fernández LA FUENTE DE LA VIDA de Ibn-Gebirol (Avicbron); Julián Ribera Tarragó (1858-1934) escribió sobre los orígenes musulmanes de la filosofía de Raimundo Lulio; el Padre José Llamas dió a la luz en 1935 en la Biblioteca de Cultura Española un interesante libro sobre MAIMONIDES, y yo mismo he publicado en México en 1945 otro con un resumen de la GUIA DE LOS DESCARRIADOS del mismo Salomón-ben-Maimún, y con un estudio preliminar, así como otro ensayo sobre los poetas y filósofos místicos del Islam. Especial mención merecen los trabajos de investigación del ilustre arabista Miguel ASIN PALACIOS (1871-1944), recogidos muchos de ellos en LA HUELLA DEL ISLAM, libro hoy imprescindible para todo el que quiera informarse acerca de la filosofía musulmana y de sus relaciones con la cristiana en general y con la mística española en particular.

El estudio de los filósofos cristianos ha cobrado especial auge en los últimos años, siendo singularmente de alabar las ediciones críticas de la

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, en textos bilingües cuando procede, que se publica bajo los auspicios de la Pontificia Universidad de Salamanca.

La implantación del totalitarismo franquista dejó convertido una vez más en yermo el vergel ubérrimo de la Universidad Española. A falta de plantas y frutos sabrosos crecieron en ella el cactus erizado de espinas de la delirante mitología falangista y los cardos estériles de la estúpida y vana filosofía de la hispanidad.

La verdadera Universidad, como la verdadera España, estuvieron durante la prolongada noche del silencio, fuera de España. El 70% del profesorado universitario español salió al exilio en 1939. Corte trágico en el camino de la reconstrucción de la verdadera grandeza nacional, que nos habrá hecho perder 50 años irrecuperables.

La más dura condena de la tiranía franquista es, precisamente, ese éxodo dramático de la parte más viva y selecta del pueblo y de la inteligencia: medio millón de hombres, entonces jóvenes, y unos cuantos centenares de sabios ilustres. A esa expulsión de medio millón de patriotas, y de su inteligencia directora, se debe la prolongada postración y decadencia de España, incluso en sus valores materiales y económicos, pues que cifrados como simples máquinas de producción, dejando aparte sus calidades humanas, representan un valor diez o veinte veces superior a las estériles reservas oro que el Banco de España poseía en sus sótanos en 1936.

Este cuadro desolador no pretende cultivar el pesimismo. El dolor es acicate y estímulo de la acción, para los hombres y pueblos de recio temple. La rebeldía latente de la universidad española, que de vez en cuando se revela en esporádicas sacudidas de la estudiantada, y que desde 1956 ha comenzado a nutrir el presidio y el destierro, justifican la esperanza de una resurrección más o menos inmediata de la conciencia liberal española, y de un renacer de España en el que la Universidad habrá de jugar el papel preponderante que, como acabo de explicar, le corresponde.

Al hacer este itinerario retrospectivo de un siglo de Filosofía española, mas que evocar el pasado creemos estar proyectando el futuro; no es lo que fue, sino lo que será el día menos pensado, el día en que España se ponga de nuevo en pie, libre y feliz, para reconstruir el solar de la patria y reanudar el hilo de su interrumpida historia de pueblo pacífico, civilizador y civilizado.

El despertar de las nuevas generaciones suena a repique de campanas de alborada. A mí no me ha sorprendido. Lo esperaba. Nunca compartí el pesimismo de quienes creían que la educación sistemática de la teocracia castro-falangista crearía un hombre español hecho en serie, sumiso, estúpido, resignado. Mi conocimiento del alma humana -para algo ha de servir la filosofía- me decía que eso no está en el orden de las cosas posibles y naturales. La piedra se talla a golpes de cincel y martillo; el barro se moldea; pero la planta que ya es un ser vivo sólo se guía sometiéndose a las leyes de su natural crecimiento; y al hombre, que es una inteligencia, se le educa, en el sentido original del vocablo, es decir, educiendo, guiando hacia fuera para que se manifiesten las cualidades innatas de su esencia, entre las que se halla la principalísima de su libertad intelectual y moral.

Y cuando los educadores tratan de sofocar la naturaleza del educando, sólo consiguen que por reacción vital se produzca una hipertrofia, a veces monstruosa, de aquellas mismas cualidades que se pretendía suprimir. Voltairre fue tan tremendo anticlerical, porque había sido educado por los jesuitas. La escuela del despotismo produce más fácilmente rebeldía que servidumbre; del dogmatismo fanático no sale la fe, sino la incredulidad y la apos-

tasía, y de los encapuchados y penitentes que llevan a cuesta los pasos en las procesiones salen los incendiarios de templos, los iconoclastas y los hiericidas. El peligro mañana será más bien encauzar por senderos de paz y de orden al pueblo rebelde, indisciplinado, incrédulo y nihilista que están forjando estos casi treinta años de fanatismo y de tiranía; porque la falta de libertad no ha permitido que se sustituya en las conciencias la fe perdida en el dios de los tiranos, por la fe naciente en la humanidad libre.

¿Qué vamos a hacer con España el día en que hayamos de intervenir en su reconstrucción y en su gobierno? Esta es la grave cuestión que debemos plantearnos; porque "el día menos pensado" tiene que llegar inexorablemente, aunque nosotros no lo quisiéramos. La duda para mí no es si llegará, sino de si nos encontrará preparados para cumplir nuestro deber y a la altura de nuestro destino.

Día llegará en que nuestra tierra haya sido purificada del horrendo patricidio. Aquel día luminosos y sonoro, de la España fraterna y reconciliada, los españoles dispersos por el mundo o condenados en la patria al silencio, se congregarán para reanudar con renovados bríos y esperanzas la tarea de selección que les incumbe en la reconstrucción del alma española. Yo estoy seguro de que, aquel día, dedicarán un recuerdo emocionado a sus maestros ilustres, algunos de cuyos nombres he citado, mártires, a la vez que doctores, del culto de la ciencia, musitando la plegaria que el poeta Machado labrara para la tumba de su maestro y maestro de todos, Don Francisco Giner de los Ríos:

"¿Murió?... sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: hacedme un duelo
de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros; alma."

"Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España".

